

gían, los asaltaron quitándoles el tesoro, matando á unos, descabando á otros. Llegados á México quienes escaparon, dieron aviso á Motecuhzoma, quedando determinada la guerra. Marchando el ejército en buen orden, llegó á las cercanías de Tlachquiahco. Dentro de la ciudad se oían cantos y gritos, de lo cual infirieron los méxica, que los mixteca estaban en vela para no ser sorprendidos; más cuando los espías penetraron por las calles, vieron con asombro estar entregado el pueblo al sueño de la embriaguez, mientras los sacerdotes con los ancianos y principales, estaban tintos en sangre, por los sacrificios de sus personas, pidiendo con gritos y baile á los dioses los librasen de sus enemigos. Los jefes dispusieron inmediatamente el asalto; sin encontrar resistencia fué tomada la ciudad, el templo mayor quedó incendiado y destruido en señal de vencimiento, el señor y sus nobles cayeron prisioneros en el palacio en donde estaban tranquilamente entregados á baile y borrachera; los guerreros saquearon y destruyeron, pasando á cuchillo la mitad de la población, en cumplimiento de la orden que llevaban. Presentáronse los ancianos con los brazos cruzados al pecho en forma de suplicantes pidiendo misericordia; concedida, se reconocieron vencidos, estipularon los tributos con que en adelante debían acudir, y devolviendo los efectos robados á los calpixque, aposentaron y regalaron á los vencedores. El ejército retornó á Tenochtitlan con inmenso botín y copia de prisioneros; recibido con los honores del triunfo, hizo su acatamiento al Tetzahuitl Huitzilopochtli y después al emperador; cuantos en aquella escursión se distinguieron, recibieron premios y grados, regocijándose mucho Motecuhzoma por no haber sido infeliz aquella jornada. En cuanto á los prisioneros, siguiendo la bárbara costumbre, perecieron en número de mil en la próxima fiesta del Tlacaxipehualiztli ó desollamiento. (1)

Segun el P. Durán, en estas fiestas se henchían el vientre de carne humana todos los señores y principales, y "cuéntase de este rey (Motecuhzoma) que ningun día se le pasó desde que reinó, que no comiese carne humana, para lo cual tenía muchos esclavos, y cada día mataba ó mandaba matar uno para comer él y sus convi-

(1) Durán, cap. LXV.—Tezozomoc, cap. ciento uno. MS.

"dados ó los continuos de su boca; y esta era la mayor pitanza ó potaje que él tenía y á su mesa se servía." (2)

Como segun el vaticinio de Nezahualpilli pocas veces se alcanzaba victoria sobre los enemigos, Motecuhzoma para quebrantar el hado y aplacar á los dioses, había introducido nuevas ceremonias y plegarias al salir el ejército á campaña. "Cuando alguna guerra se ordenaba, él mesmo se subía al templo, y altas las manos al cielo, otras veces cruzadas y otras veces sentado en cocillitas (que era el modo que ellos tenían de hincarse de rodillas), hacía grandes plegarias y ofrecía grandes sacrificios de codornices, descabezadas por su propia mano, y ofrecía mantas, joyas y plumas, diciendo á los dioses, que aquello que él ofrecía, que bien sabía que no era suyo sino de lo mesmo que ellos por su grandeza le comunicaban; pero que se los daba en reconocimiento de que eran sus verdaderos dioses y en quien espetaba todo buen suceso en la guerra." (1) El cuitado emperador reunía en seguida algunos sacerdotes y ancianos, haciéndoles comer los hongos embriagantes ó tomar las bebidas mágicas, propias para predecir, pretendiendo indagar por este medio el resultado de la emprendida expedición. Difícil era el desempeño del papel de profeta ante el déspota Motecuhzoma. Cuantos se atrevían á dar presagios funestos morían irremisiblemente; morían quienes decían no haber alcanzado cosa alguna, por inútiles y no favorecidos por los dioses; morían igualmente cuantos se engañaban en alguna cosa, resultando falso el presagio: era preciso ser verdadero profeta para escapar á la saña del monarca desconfiado.

Los huexotzinca emprendieron nueva guerra con los tlaxcalteca, y por estos vencidos, ocurrieron á México ajustando paces y pidiendo socorros; Motecuhzoma consintió en ello, á condición de poner guarniciones méxica en los pueblos de aquel lado del volcan. Aceptado el pacto, los huexotzinca fueron admitidos en el territorio del

(2) P. Durán, cap. LXV.—El Sr. D. Fernando Ramírez, anotando este pasaje escribe: "Esta es una vulgaridad. Sábese con entera certidumbre que solamente, se comía la carne de algunas víctimas, no de todas, como un acto religioso. Por ello lo comparan los escritores á la comunión del culto cristiano.—Véase sobre el canibalismo de los mexicanos y principalmente del atribuido á Motecuhzoma, lo que dije en mi nota relativa á los sacrificios humanos, al fin de la *Historia de la Conquista de México*, por Prescott, trad. castellana, edic. de Cumplido."

(1) Durán cap. LXV.

imperio, tratádoles como á hermanos, pero los tlaxcalteca combatiéron las guarniciones, siguiéndose una série de escaramuzas en que hicieron proezas de valor, así los méxica como sus contrarios, con pérdida recíproca de muy animosos capitanes. Por este tiempo, uno de los señores de Huexotzínco, llamado Tlachpanquizqui, cometió adulterio con las esposas de los nobles Cuauhtecoztli y Huiznetzin, alborotóse el señorío entero por ser los agraviados personas de cuenta, y no poder llegar la venganza hasta el ofensor. Visto su poco poder, vinieron á México para quejarse ante Motecuhzoma, quien les ofreció justicia; pero á la sazón había entre los tlaxcalteca un afamado capitán, quien hacia gran riza entre los huexotzínca; salióle al encuentro Tlachpanquizqui, le venció, cautivó y trajo á Tenochtitlan, y como en ello remató grande hazaña con notorio provecho de los guerreros, Motecuhzoma no sólo le perdonó el crimen sino le colmó de mercedes con daño de la justicia. (1)

El ejército aliado fué contra la provincia de Centzontepec, la asoló y destruyó, tornando á Tenochtitlan con gran número de cautivos que fueron sacrificados á los dioses. (2)

El cometa había esparcido profundo terror por todas las provincias; hombres y mujeres se ponían á esperar apareciera, prorumpiendo á su vista en gritos y alaridos, dándose golpes con la mano sobre los muslos. Motecuhzoma andaba desasosegado, y cada vez que veía el cometa, si oía los clamores populares le entraba miedo. Una vez, en secreto y pena de la vida, dijo á sus enanos y corcovados: "Habeis de saber que yo estoy muy triste y con gran sobresalto temiendo lo que me han dicho que ha de venir sobre mí y en mi tiempo ha de acontecer; por lo cual yo he determinado de me ir á esconder á alguna cueva á los montes, donde nunca más parezca; por eso, si os quereis vosotros ir conmigo, agradeceros lo he, tenedme heis vosotros compañía." (3) Los enanos y corcovados respondieron, estar dispuestos á ir á donde quisiera llevarlos.

Mientras Motecuhzoma buscaba en su imaginación el lugar á que se retiraría, sucedió este caso. Un indio, natural de Coatepec, en el reino de Texcoco, trabajaba en su milpa ó sementera en el

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVII.

(2) Torquemada, loco cit.

(3) Duran cap. LXVII.

cerro de Quetzaltepec; de improviso se precipitó sobre él un águila, le tomó por los cabellos con las garras, le elevó por la atmósfera robándole á la vista de cuantos presenciaban el prodigio, trasportóle hasta la cumbre de una elevada montaña en la cual había una gruta, dentro de la cual le metió. Contenía la gruta un salón espléndidamente adornado, y al estar ahí dijo el águila: "Poderoso señor, he cumplido tu mandato; aquí está el labrador que me ordenaste traer." Sin ser visto quien hablaba, se oyó una voz diciendo: "Seais bien venidos; traedle acá." El labrador fué introducido á otro aposento, en donde estaba Motecuhzoma acostado dormido profundamente cual si hubiera perdido el sentido; le hicieron sentar junto al monarca, poniéndole en las manos un ramillete de rosas y un cañuto lleno de picicil de los destinados á fumar.—"Toma, le dijo el señor que aquello le dió, descansa, y mira ese miserable de Motecuhzoma que está sin sentido, embriagado con su soberbia é hinchazon que á todo el mundo no tiene en nada, y si quieres ver cuán fuera de sí le tiene su soberbia, dale con ese humazo ardiente en el muslo y verás como no siente." No se atrevía el labrador; mas como le volviesen á decir "tócale, no temas," arrimó el cañuto encendido al muslo del monarca, quien no dió el menor indicio de sentir el fuego.

La voz que hablaba continuó: "¿Ves cómo no siente, y cuán insensible está y cuán embriagado? pues sábetelo que para este efecto fuiste traído aquí por mi mandato: anda, ve, vuelve al lugar de donde fuiste traído, y dile á Motecuhzoma lo que has visto y lo que te mandé hacer; y para que entienda ser verdad lo que le dices, dile que te muestre el muslo, y enséñale el lugar donde le pegaste el humazo y hallará allí la señal del fuego; y dile que tiene enojado al Dios de lo creado, y que él mismo se ha buscado el mal que sobre él ha de venir, y que ya se le acaba su mando y soberbia: que goce bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él mismo se ha buscado el mal." Acabadas estas palabras, el águila volvió á tomar al labrador por los cabellos llevándole al primitivo lugar y diciéndole: "Mira, hombre bajo y labrador, que no temas, sino que con ánimo y corazón hagas lo que el señor te ha mandado y no se te olvide algo de las palabras que has de decir."

Atónito el macehual, llevando en las manos las rosas y el cañu-

to se entró sin ceremonia en el palacio hasta la presencia de Motecuhzoma, ante quien se humilló é hizo cumplida relacion del suceso; escuchóle atentamente el monarca y como recordara que la noche anterior, había soñado que un villano le quemaba, se descubrió el muslo en donde halló las señales del fuego, acometiéndole un intenso dolor. Motecuhzoma sin hacer la menor pregunta al labrador, llamó al Petlacacatl y le dijo: "Coge á este borracho, llévale á la cárcel y déjale morir de hambre." Cuando regresó el mayordomo le habló el emperador: "En realidad que sufro del muslo: probablemente el pícaro que me trajo el imprudente mensaje es encantador ó brujo; que muera, sea quien fuere quien le envió." Se retiró al palacio de Aticpan pidiendo con insistencia remedio á su dolor, y cuando llevaron una raíz al intento sus mujeres le curaron, poniéndose sano cuatro dias despues." (1)

Esta fábula, más bien hermoso apólogo, presenta los caracteres de su origen azteca. Fué compuesto para motejar á Motecuhzoma su excesivo orgullo, su descuido en los negocios públicos, su apatía en conjurar los males que amenazaban al país: lección al principio, el público la adoptó despues como verdad, á no ser que de cierto fuera un consejo dado por algun campesino, quien tuvo trágico fin por atreverse á aquella majestad irritable. En el ángulo exterior del átrio de San Hipólito, existe sobre piedra un bajorelieve de regular ejecucion representando un trofeo mexicano y en la parte superior un aztecatl arrebatado por un águila, lo cual es recuerdo de esta leyenda.

XII calli 1517. Texcoco había permanecido sin rey: Ixtlilxochitl andaba en armas, Cacama permanecía refugiado en Tenochtitlan; Coanacochtzin, partidario del electo, mantenía la ciudad en obediencia del legítimo soberano. A principios de este año, Cacama dejó á México y vino á Texcoco apoyado por fuerzas imperiales, al mando de Cuitlahuac señor de Itztapalapan y hermano de Motecuhzoma: recibido con agrado por la nobleza y los macehuales, fué reconocido por señor de Acolhuacan, procediendo á determinar la jura solemne, dando el ejemplo para ello el infante Coanacoch. (2)

Al rumor de los preparativos, Ixtlilxochitl al frente de un poder

(1) Duran, cap. LXVII.—Tezozomoc, cap. ciento tres. MS. "noch ob end"

(2) Torquemada, lib. II, cap. LXXXIV.

roso ejército de los rebeldes se adelantó hasta Tollantzinco; la provincia de Tepepolco, se le sometió de buen grado y avanzó hasta la de Otompa pidiendo se le rindiese. El señor de aquel lugar era partidario de Cacama, por lo cual rechazó las proposiciones que le hicieron; siguióse una récia batalla en que aquel guerrero fiel perdió la vida, apoderándose Ixtlilxochitl de Otompa con toda la provincia. A la noticia de aquel descalabro, quedaron suspensas las fiestas de la coronacion; los señores méxica se tornaron á su ciudad; Cacama y Coanacoch alzaron gente, fortificaron á Texcoco, la pertrecharon, permaneciendo encerrados en espera de ser acometidos. Ixtlilxochitl, sin intentar nada contra sus hermanos, hizo diversas correrías por territorio de México, teniendo lugar escaramuzas de poca importancia: repetidas veces el belicoso jóven retó al emperador á combate singular, sin obtener repuesta alguna. El empeño le tomó por su cuenta un famoso capitán de Itztapalapan llamado Xuchitl, quien ofreció á Motecuhzoma traer cautivo al príncipe rebelde: al efecto pusieron á sus órdenes un ejército, con el cual marchó al encuentro de Ixtlilxochitl, retándole á combatir cuerpo á cuerpo; aceptado el empeño, tuvo lugar á la vista de ámbos campos, siendo tan feliz el mancebo príncipe, que á pocos golpes venció á Xuchitl, le ató de piés y manos y le quemó vivo en una hoguera de carrizos. (1) Aquel inesperado desenlace dió gran reputacion á Ixtlilxochitl, sin que el apocado Motecuhzoma hiciera esfuerzos por vengar el descalabro.

La revuelta promovida por Ixtlilxochitl, no sólo había traído el resultado de fraccionar el reino de Acolhuacan, sino que conmovía de una manera profunda á cuantos estaban mal avenidos con el imperio tenochca. Los independientes tlaxcalteca le ofrecían ayuda; los cuexteca prometieron tomar las armas á la primera señal; los totonaca se armaban para recobrar su libertad; pusieronse los otomíes en abierta insurreccion; así los pueblos del Norte del valle y algunos de los riberanos, sólo esperaban la señal para arrojar se sobre Tenochtitlan. El imperio se iba minando por los cimientos.

Calculando que Motecuhzoma aún tenía fuerzas sobradas para destruir á su enemigo y que el orgullo le debía llevar á tomar venganza de las afrentas, la inaccion en que permanecía respecto de

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXXV.—Ixtlilxochitl, cap. 76. MS.

aquella guerra, nos hace conjeturar, que aquel monarca dejaba que Cacama fuera destruido, para caer despues sobre el vencedor, quitarle el reino y apoderarse de Acolhuacan, pues para entónces habría perecido la familia real legítima: esto al ménos iba conforme con sus planes. Ixtlilxochitl en lugar de emprender contra Texcoco, mantúvose quieto en sus posiciones, admitiendo y tratando bien á los mercaderes y tratantes que iban á sus tierras, recibiendo con halago á los nobles que á su campo pasaban. Esta conducta y el que los tenochca no se decidieran á poner término á la guerra mandando sus ejércitos á campaña, determinaron á Cacama y á Coanacochtzin á entrar en tratos con su hermano. Al efecto enviaron por embajadores unos nobles sus deudos cercanos, muy respetados por Ixtlilxochitl, encargados de concertar una medida para poner término á la guerra civil: Ixtlilxochitl recibió amorosamente á los nobles, respondiéndoles, hiciesen sus hermanos cuanto quisiesen, pues para ello eran libres; había tomado las armas para oponerse á los disignios de Motecuhzoma, quien pretendía apoderarse del reino, y para vengar las injurias y afrentas que este déspota había hecho á Nezahualpilli su padre; que se guardasen de las asechanzas del astuto emperador, y que hiciesen cuanto quisiesen, pues si ahora se dividía el reino, de nuevo se reuniría en la persona que por valor le mereciese. De aquí quedó determinado que Cacama sería reconocido rey de las llanuras y provincias australes de Acolhuacan, mientras Ixtlilxochitl sería tenido por rey de las montañas y provincias boreales, sin reconocer liga ninguna con México; para recompensar á Coanacochtzin, recibiría los tributos de treinta y tres poblaciones de las sujetas á Cacama. (1) Tal fué el célebre tratado por el cual quedó dividido el reino de Acolhuacan, rota la unidad buscada desde los tiempos de Itzcoatl, desbaratados los conciertos de la triple alianza, aflojados los vínculos de subordinacion en el imperio. Los manejos vacilantes, insidiosos y torpes de Motecuhzoma, en lugar de darle el resultado de poner en sus manos el absoluto señorío, le trajeron menosprecio y descrédito para su persona, la pérdida de muchos de los señoríos del valle.

Con motivo de la guerra religiosa y de las guarniciones puestas en el territorio de Huexotzinco, hubo repetidos encuentros contra

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVI.—Ixtlilxochitl, cap. 76. MS.

los tlaxcalteca; en una batalla dada en las fronteras de la república, los tenochca perdieron tres mil doscientos hombres y muchos bravos capitanes. (1) Los aliados marcharon contra Mazatzintla, poblacion que se había puesto del lado de Ixtlilxochitl, la vencieron, destruyéndola y tomando un gran botin de paso saquearon á Zacatepec. (2)

El ejército unido, para recoger prisioneros que ofrecer á los dioses, se dirigió contra Mictlantzinco y Xaltzianquizco, logrando algunos despojos. (3)

La tempestad formada años hacía, se había acercado poco á poco y ahora estaba próxima á estallar. La gran catástrofe presentida por los pueblos iba á tener su cumplimiento. Triste era la condicion de Anáhuac al descargar el azote. Las provincias, comenzando por las más cercanas á la capital para concluir por las más distantes fueron sojuzgadas las unas sin combatir, rendidas por el miedo, las otras despues de una lucha sangrienta, siempre costosa. La violencia, elemento esclusivo en aquella conquista, nunca establece sólidas relaciones y amistosas entre vencedores y vencidos; las naciones arrastradas de esta manera á sufrir el yugo, le llevan con paciencia miéntras son débiles, aprovechando la primera ocasion para recobrar la libertad. Los pueblos de la misma lengua, de idéntico origen ó filiacion etnográfica, estaban subdivididos en fracciones enemigas entre sí, separadas profundamente por recuerdos históricos, ó rivalidades de locales ó espíritu de provincialismo. Mayor y más enconada era la segregacion entre las tribus de lenguas extrañas, y como estas eran varias y á veces estaban separadas por grandes distancias, imposible era se fundieran en un sólo cuerpo. No tentan ni podían tener entre sí la comunidad de ideas é intereses exigidos para formar una unidad, carecian de puntos de contacto, de lazos de union para constituirse en su nacion compacta y fuerte. El imperio, á pesar de su inmensa extension y del considerable número de sus habitantes, era débil contra cualquier fuerza perturbadora que en él se introdujese; las naciones, las tribus, los

(1) Los Códices Vaticano y Telleriano Remense, anotan en este año la guerra contra Tlaxcalla: falta el comentario.

(2) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 76. MS.